La Gran Misión De Calahorra

incunable

PERIODICO SACERDOTAL Número 116 - Enero 1959 - Redacción: San Pablo, 17 - Salamanca
Administración: Vallehermoso, 38 - Tel. 570804 - Apdo. 10.059 - Madrid
VOLUMEN III PRECIO DE SUSCRIPCION: 60 PESETAS - EXTRANJERO: 1,70 DOLARES NUMERO SUELTO: 8 PESETAS
Depósito Legal: M. 677-1959.

(1959-1961)

TODA la diócesis en pie de Misión. «La Misión llegará hasta las casetas de los camineros», dijo el Padre Director, y «Pueblo que reacciona ante su Virgen, pueblo que tiene fe.»

Preparativos inmediatos: En la quincena anterior, un coche raudo recorrió toda la diócesis; sobre sus lomos, dos escaleras; en su interior, cuatro mozos gallegos, a quienes pesaban poco sus carnes, los escalatorres de La Rioja para la colocación de las grandes tocas, que habían de sacar la misión a la calle y a las casas, para quienes más la necesitarían. Además de la emisora local, se instalan otras varias en los extremos de la provincia para invadir toda la atmósfera riojana con las ondas sagradas de la palabra de Dios. A cada casa de los párrocos los correos se han encargado de hacer llegar dos cajas de cartón, conteniendo normas, carteles, sobres, etc., etc.

Todo estaba previsto y estupendamente organizado. Monaguillos o miembros de Acción Católica y demás organizaciones piadosas, se encargan de repartir, casa por casa, sin dejar una, un tarjetón con invitación autógrafa del señor obispo, y una carta impresa y firmada por el respectivo párroco. Lucen ya, con vistosidad de colorido, los grandes pasquines sobre las paredes, con la Virgen de Valvanera, Patrona de La Rioja, y esta inscripción con letras rojas de sangre: «Hijo, te espero.» A tal inscripción ¿qué hijo bien nacido de esta tierra se resistirá? En vísperas, sobre los pueblos de la línea del ferrocarril, vuelan los aeroplanos lloviendo telegramas de invitación; eran las cotas más altas que se pretendían conquistar y que ofrecían especial dificultad.

El primer día: La inauguración de la misión se verificó en la capital, el día 9, domingo, con un acto colectivo, presidido por todas las autoridades. La magnífica plaza de la nueva estación, con su avenida, estaban repletas de público. El acto más emocionante fué, sin duda alguna, la recepción de la Patrona de la Misión. Hacia el mediodía, un helicóptero posaba sobre las bravas montañas de Valvanera, como un halcón que quisiera robar su presa. Robó, en efecto, el tesoro de los montes distercios, su Virgen, y la llevó al centro de La Rioja, para que desde allí, como Madre solícita, atendiera a la Misión. La vista del aparato sobre las cabezas de la multitud fué de una impresión indescriptible, como si se tratara de una verdadera aparición. Todos los pañuelos y todas las manos y miradas se alzaron a saludar a la Madre que llegaba, y Ella, Madre buena, antes de descender, correspondió con una lluvia de pétalos de rosa sobre la multitud, símbolo de las gracias que traía para la Misión. Momentos después descendía con suavidad, hasta que ya la tuvimos con nosotros. Una vez que la Capitana de la Misión fué colocada en su trono, como para pasar revista, fueron pasando ante Ella los 400 misioneros uniformados: manteo y crucifijo sobre el pecho. Allí quedaron haciéndola guardia a uno y otro lado, mientras el señor obispo y Director de la Misión daban la orden de ataque a este ejército de la paz, del amor y del bien. Después, al anochecer, cada uno a su trinchera, arma al brazo y el corazón bien templado.

La Misión: Ya hubiera sido mucho la simultaneidad temporal de ser misionadas en los mismos días todas las parroquias, pero se trataba de algo más, no de varias misiones a la vez, sino de una Misión única que alcanzara a todos, aunque servida por distintos misioneros. Los misioneros eran piezas humanas de una máquina, dirigida por el señor obispo. El temario de la predicación de todos los actos estaba cuidadosamente previsto y prefijado, nadie se podía salir de él; incluso se hicieron advertencias atinadas y concretas en cuanto a la predicación misma. Para que nada faltara a la unidad, una gran hoja, a dos caras, se repartió a todos los sacerdotes con este epígrafe: «Normas para los Confesores». Se trataba de unificar criterios en punto tan delicado como la confesión, tanto más necesario cuanto que los confesores procedían de todos los ángulos de la Nación. La citada hoja estaba cuidadosamente redactada y tenía la aprobación de Roma; en ella impera, con relación a temas actuales de diversiones, etc., la tónica de un rigor moderado, que, si no peca de extremismos, mucho menos de blandura. Conveniente fuera que se divulgara por todo el ambiente eclesiástico de la Nación.

(Pasa a la página 9)

SU EMINENCIA, el Señor CARDENAL-ARZOBISPO de SEVILLA, D. JOSE MARIA BUENO MONREAL

EL 15 de diciembre fué elevado a la sagrada Púrpura el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal don José María Bueno y Monreal, Arzobispo de Sevilla.

Toda la Prensa, la general y la especializada, ha ofrecido ya a nuestros lectores ese «curriculum vitae» que en estas ocasiones forma la letanía de méritos del homenajeado.

INCUNABLE se ahorra, pues—por su periodicidad—, el fácil honor de esa información, ya tardía.

Pero no quiere dejar de expresar, desde su primera página, una felicitación efusiva y respetuosa al Señor Cardenal, tan unido a nosotros, con la pretensión, además, de hacerlo no sólo en nombre propio y de sus lectores, sino en nombre de todo el Clero de España.

Una felicitación que, por sincera, ha de ir acompañada también, al menos, de una breve alusión a lo que consideramos nota sobresaliente de esa vida: su pleno servicio a la Iglesia.

En situaciones normales y en situaciones de estreno, en problemas de cada día y en problemas de nuevo planteamiento: servir a la Iglesia.

Más allá y por encima de propias comodidades o de propias inclinaciones: servir a la Iglesia donde la Iglesia quiere ser servida.

Jaca, Vitoria, Sevilla y la Comisión Episcopal de Enseñanza: cuatro jalones de una entrega decidida y generosa.

Si la Púrpura es un premio, tiene de veras hoy donde apoyarse.

emigración

UNA ojeada al mapa que hoy presenta la Iglesia católica en el mundo nos diría, por poca atención que prestáramos, que la expansión fuera de su cuadro tradicional en la cuenca mediterránea se hizo con un doble apoyo: el de la obra evangelizadora de España y Portugal en América del Sur, y el de la tenacidad y la fidelidad, a veces heroica, de los católicos irlandeses por todo el mundo anglosajón. El primer hecho empieza a ser ya reconocido, y mucho se ha andado desde aquellos tiempos en que Benedicto XV, recogiendo el ambiente entonces dominante, dedicaba apenas unas líneas, y con una significación más bien adversa, a la obra evangelizadora realizada por españoles y portugueses en tierras de ultramar. El segundo fenómeno, el de la constitución de sólidas minorías en Estados Unidos, en Australia, en la misma Inglaterra... conseguida de manera silenciosa pero eficacísima por los irlandeses, está cobrando ahora enorme actualidad.

Porque esa labor admirable hace reflexionar sobre las posibilidades que la emigración, debidamente atendida desde el punto de vista religioso, podría tener para la expansión e implantación de la Iglesia en muchos países, en un mundo como el actual en que los movimientos, incluso de masas, resultan extraordinariamente facilitados por el progreso de las comunicaciones.

Que la Iglesia lo ha visto así, es algo de que no puede dudarse. Quien piense en las innovaciones que ha introducido en los cuadros más sólidamente establecidos de nuestro ordenamiento canónico la «Exul familia», podrá darse cuenta de ello. Pero acaso se dé cuenta también de que esta constitución apostólica, y la labor de las comisiones episcopales que en cada nación atienden al problema, y la propaganda que las oficinas nacionales o diocesanas vienen desarrollando, no encuentra todavía suficiente eco en el que pudiéramos llamar «católico de la calle». Tardará todavía éste en darse cuenta de las enormes dimensiones del problema y de la importancia, realmente decisiva, que tiene en el porvenir de la Iglesia.

Por eso se impone trabajar. Aprovechar cualquier ocasión para hacer reflexionar a los fieles sobre el mismo. No hace mucho, con motivo de embarcarse en Barcelona su emigrante número 20.000 saltó a la primera plana de muchos periódicos la labor gigantesca que la Comisión católica española de migración ha realizado en coordinación con el Comité Intergubernamental para migraciones europeas. Es hermoso pensar que son ya veinte mil personas las que han ido a reunirse con sus familiares. Es hermoso pensar que esto se ha hecho con la colaboración y el aliento de la Iglesia. Pero es triste que muchos de nosotros ni siquiera sabíamos que existiera tal actividad.

Mas atención al problema. Como ha dicho Carlos Abaitua, refiriéndose a las migraciones interiores, en su magnífico discurso inaugural del curso académico 1958-1959 en Vitoria «las migraciones bien ordenadas son la gran ocasión pastoral de nuestro tiempo. Muchos emigrantes en su lugar de origen no pudieran contar con la asistencia cercana de un sacerdote. Su condición de hombres que buscan un mejoramiento de las condiciones de vida, es postura apta para la evangelización. Ordinariamente, las ciudades que los reciben pertenecen a esas diócesis privilegiadas que tienen si no un excedente sacerdotal, al menos, cuentan con un número suficiente para una acción pastoral eficaz. Algunas de ellas hasta envían sacerdotes a otras diócesis españolas e incluso a tierras americanas.

Así como las emigraciones de países pobres pero cristianamente mejor dotados han beneficiado a otros países de menor cristianismo—así entendieron, por ejemplo, los obispos australianos las migraciones europeas—nosotros tenemos la oportunidad de compartir nuestra formación religiosa y ejercer nuestro celo apostólico con los millares de inmigrantes que llaman a las puertas de nuestras ciudades industriales».

INCUNABLE

Universidad Pontificia de Salamanca